

¿Qué es la democracia?

Taurus Pensamiento, Madrid, 2003. 477 páginas.

Autor: Giovanni Sartori.

Giovanni Sartori pasa por ser uno de los pensadores de referencia en el campo de la Política durante los últimos años. Su amplia y contrastada experiencia (es profesor emérito de la Universidad de Florencia y de la Universidad de Columbia, en la que ha impartido durante las dos últimas décadas), unida a un análisis claro y profundo, le convierte en uno de los autores citados, con frecuencia, en los debates políticos, sociológicos y filosóficos.

Todo ello no obsta para que la característica que mejor defina a Sartori sea la de polémico (provocador, si se permite), toda vez que sus opiniones suelen lindar con lo extremo, hecho éste que no resta un ápice a la magnífica elaboración argumentativa y de conceptos desenvuelta en cada una de sus explicaciones. El italiano es, por méritos propios, pensador insigne y fuente obligada en asuntos de enjundia tales como la Democracia o el futuro de la sociedad (obras suyas como *La sociedad multiétnica*, *La sociedad teledirigida* o *La tierra explota* ocupan un lugar preeminente en el análisis de los problemas antes referidos).

En el debate del entendimiento (reflexión, podría decirse) acerca de la Democracia, Sartori trata, en ésta su última obra dedicada a la materia, de

aportar luz a todos y cada uno de los puntos de vista, despejando incógnitas, ahuyentando fantasmas y matizando aspectos que en obras anteriores (*Teoría de la Democracia* o *La Democracia después del Comunismo*) fueron apuntadas, sin olvidar el carácter cambiante que determinados hechos históricos han propiciado en el entendimiento de instituciones que se tenían por asentadas. Este reflexionar (o repensar) la Democracia se encuentra en el punto de mira no sólo de Sartori, sino de otros autores de la calidad de Jürgen Habermas, lo que aporta una amplitud al discurso que puede interesar al lector más lego en la coyuntura. Porque, acercándonos de manera muy aproximativa, la relevancia del concepto de Democracia es máximo hoy en día, sobre todo en el entendimiento de que ya han pasado las épocas en que la crítica a la Democracia se veía como una especie de búsqueda de otros sistemas más favorecedores para el común de la sociedad (Sartori no se cansa de repetir el fracaso del Comunismo y la inexplicable situación que llevó, en su momento, a estimarlo como un régimen capaz de guiar los designios humanos).

El libro comienza con una declaración de intenciones del italiano, que apuesta desde las páginas iniciales por la Teoría unitaria de la Democracia (alejada de lo que él califica como teorías falsas, democracia comunista, o subespecies de la misma). Pero es necesario precisar el significado de Democracia en Sartori, al menos la que éste cataloga como verdadera, que no es otra que la Democracia-liberal (en su estudio, es

necesario la unión de los campos del ser y del deber ser, como ya veremos). El pensador transalpino divide su obra en una tríada: la primera sirve de planteamiento de los problemas en un enfoque analítico (Teoría), la segunda se encarga de los problemas concretos (Práctica) y la última vislumbra el futuro (en un Apéndice que se corresponde, a grandes rasgos, con el ensayo de Sartori aparecido en Alianza Editorial en 1993, *La Democracia después del Comunismo*).

En el ámbito teórico, Sartori comienza por minusvalorar la tradicional definición etimológica (poder del pueblo) del vocablo, aduciendo que se necesita de la conjunción de los planos del ser y el deber ser para la perfecta configuración y estudio de la Democracia. Así han de entenderse las precisiones que durante toda su obra señalan referentes a la Democracia descriptiva (o del paradigma del ser) y a la Democracia prescriptiva (del deber ser). No es la única clasificación de base, si se permite, que aparece en el volumen. A la precitada, Sartori aúna la de democracia política, democracia social y democracia económica. Evidentemente, traza la relación entre éstas, arguyendo que las dos últimas son prolongaciones y complementos de la primera.

La primera trampa que podemos observar en el estudio de la Teoría de la Democracia es, siguiendo el argumento sartoriniano, el de la definición dentro de la definición, es decir, el de clarificar el alcance de los dos grandes núcleos que conforman esa “mastodónica” realidad de la Democracia (pueblo y poder). El pueblo, ese *demos*

sobre el que se explica en todas las Facultades del planeta, inculca en nuestro análisis la variabilidad de lo que creíamos asentado, sobre todo en lo referente al ámbito de las mayorías y la probable anulación de minorías (resumiremos este pensamiento con el habitual juego de cifras del 51% frente al 49%) y, además, porque ya ha dejado paso a otro concepto más aceptado, el de masocracia.

El poder, como tal, no es lo realmente importante para la Democracia. Lo relevante del mismo es su ejercicio, anticipando que la titularidad del poder es del pueblo pero su ejercicio ya no. El sistema por el cual el ejercicio del poder recae en los representantes de los titulares del poder (por medio de las elecciones) perturba a Sartori, toda vez que anula y desliga a los perdedores de los comicios del ejercicio del poder y, de algún modo, les resta su verdadera titularidad, o cuota, de poder. ¿Dónde reside la libertad del individuo “perdedor” (e incluso del ganador) cuando se ve incapacitado para ejercer el poder del que es titular? En su capacidad de cambio, en la libertad de elegir a un nuevo representante (otra definición de Democracia es aquélla que centra su atención en la posibilidad de alteración y sustitución del Gobierno sin necesidad de acudir a la violencia. Como puede verse, la relación entre poder y violencia es una constante en cualquier análisis). Sartori sienta una premisa fundamental para la comprensión de su visión que alude a la relación entre el pueblo y el poder: “*Hay democracia cuando existe una sociedad abierta en la que la relación entre gober-*

nantes y gobernados es entendida en el sentido de que el Estado está al servicio de los ciudadanos y no los ciudadanos al servicio del Estado, en la cual el gobierno existe para el pueblo y no viceversa".

El pensador italiano, como ya veíamos en su declaración de intenciones primera y primordial, no pretende acabar o dar soluciones concluyentes en su análisis teórico. Sin embargo, ello le lleva a focalizar su objetivo crítico sobre otras cuestiones de amplia relevancia. Así, el debate entre realistas (demócratas idealistas) y demócratas (que ven en lo real un ferviente caldo de cultivo antidemócrata), que para el transalpino es una batalla mucho más ficticia que real. O, por otra parte, la implicación del autogobierno (asume Sartori que Marx se equivocó radicalmente), pergeñando que éste es tanto más imposible cuanto mayor se hace la línea de lo temporal y de lo espacial ("*...* que la utopía de Marx era tal y que la imposibilidad de su proyecto era absoluta, ya se sabía y podía haberse demostrado hace cien años"). Aún así, una precisión, llegados a este punto, se hace más que necesaria, para Sartori el ideal es posible dentro de la Democracia, pero ha de encaminarse a ser crítico y revisionista, "*llamado a equilibrar el ser*", puntualiza.

Otro ámbito de preocupación es el de la opinión pública, necesaria para el buen funcionamiento democrático. Para que así ocurra, se necesita que exista un interés por la cosa pública. Hoy en día parece atisbarse un paulatino alejamiento de la cuestión, ampliamente enturbiado por la acción de los generadores de opinión (medios de comunica-

ción y similares) que marcan en exceso las líneas que debieran ser críticas. La primera situación es desalentadora y confusa. La sociedad crece en su instrucción pero no hay "dedicación" a lo público, Sartori afina: "*Que yo esté informado sobre astronomía no me hace astrónomo [...] De la misma manera, "educado políticamente", ¿quiere decir informado sobre política o también competente, cognoscitivamente competente en política?*".

Asimismo, para la polémica sobre el déficit democrático y la insatisfacción del ciudadano, Sartori aborda la posibilidad de la Democracia electrónica. Su juicio vuelve a ser pesimista. La entiende como nociva, en tanto en cuanto se pierde interacción y se trata de un juego de suma cero (lo que ganan unos es simultáneamente perdido por otros). En este sentido, aumentan los conflictos y se ejerce una notable tiranía de la mayoría. No olvidemos que se trata de un sistema en el que las propuestas se votan en bloque con un "sí" o un "no", lo que convierte a la victoria (y a la derrota) en total, con un sustancial olvido del debate o, al menos, de la suficiente intelección de los presupuestos básicos que han de motivar el sentido de la votación. En el campo de los comicios, de las elecciones, Sartori apunta que la mayor variable es la de la búsqueda del líder (y aquí entra en juego la tipificación de la elite, no entendida en sentido negativo, sino cómo la selección del mejor gobernante, del mejor gestor. A Sartori puede criticársele su visión pragmática pero nunca su sentido de lo beneficioso, para él la elite de la que

hablamos supone una especie de meritocracia; saber y capacidad, resumiendo).

Y para cerrar el primer análisis teórico, aborda la diferenciación de la Democracia con la autocracia (verdaderos contrarios) y de la dictadura, totalitarismo y autoritarismo. Sin olvidar que la forma que revista el ejercicio (o desarrollo) de la Democracia puede hacer que ésta adquiera ciertos tintes absolutos.

La segunda parte (la de la Práctica) se inicia con una dicotomía, la que opone a la Democracia directa (participativa) a la indirecta (representativa). Sartori no da nada por supuesto en su exposición y ello repercute en que el libro pueda ser utilizado como un comienzo para el estudio de la materia. De cualquier modo, el italiano no tarda en matizar ciertos aspectos acerca de la magnificencia de la antigua Democracia griega, a la que califica como “sin Estado”, sin verticalidad, completamente imposible en nuestra época por el aumento de las ciudades y su población. Dos características sirven para perfilar aún más esa Democracia que ya ha quedado, para Sartori, anticuada: la de que el ciudadano ha de estar dedicado “a tiempo completo” a los asuntos públicos (es obvio que la actual sociedad no habilita a las personas con esa disponibilidad) y la disminución en la libertad de éste.

Pero quizá las reflexiones más acertadas de Sartori en este *¿Qué es la Democracia?*, se centren en los capítulos IX y X. En el primero nos enfrentamos a argumentos tan sólidos como el de que la libertad se ha de entender, *grosso modo*, como la obediencia a la ley. Pero

no hay que dejarlo aquí, ese primer aforismo que nos parece acomodado y favorable, se nos puede volver en contra cuando observamos que la generalidad de la ley se ve vulnerada por la multitud de legislación especial (“*el nexo entre libertad y ley está, hoy, gravemente debilitado por el positivismo jurídico, por la resolución de legitimidad en legalidad, y por los desarrollos degenerativos citados arriba*”). Las tremendas suspicacias de Sartori no acaban en esto, sino que rápidamente se dirigen hacia la labor de los Parlamentos (“*máquinas legislativas*”, que, además, han olvidado ceder a los especialistas estas arduas tareas). El hombre es libre en la ley pero la ley comienza a olvidar su generalidad y ello repercute en un recorte de libertades, si se permite.

El segundo pilar, el del capítulo X, analiza la igualdad. Y parte de una coyuntura que pone a la defensiva al lector. ¿Es favorecedora la igualdad de condiciones de partida? A priori, diríamos que sí; otra respuesta podría repugnar. Pero Sartori la analiza detenidamente. Si propugnamos que libertad e igualdad son los puntales de la Democracia, una situación como la antes preconizada es una merma manifiesta de la libertad (las personas son desiguales por naturaleza y tratar de igualarlos en sus condiciones de partida supone una más que clara reducción de sus capacidades). Otra cuestión es la desigualdad de trato para los que son desiguales (porque, en términos aristotélicos, la igualdad aritmética se torna imposible). Ésa es la política actual de los Gobiernos pero la decepción sigue creciendo entre sus ciudadanos. ¿Por qué? El igual tratamiento (de las leyes iguales)

no produce el mismo resultado y, de ahí, surge la necesidad de intervenciones (las conocidas como “discriminaciones positivas”). Sartori no duda que un modo tal de actuar “*atiza la conflictividad [...], la percepción más o menos fundada de diferencias injustas*”. ¿Es un hombre elitista que olvida a los menos favorecidos? No, ciertamente no. Entiende que la verdadera igualdad se funda en el equilibrio de las desigualdades. Ello no obsta para que alerte sobre el hecho de que nuestra sociedad se está convirtiendo en un conjunto de personas que conocen de sus derechos pero que no estiman el coste de los mismos y las obligaciones derivados de los mismos.

Además de estas líneas de pensamiento, claramente explosivas, siempre argumentadas y bien hilvanadas, Sartori analiza la función del mercado (“*entidad cruel*”, porque el éxito es sólo el del más

capaz), la inseparable ecuación de Democracia-liberal y carga contra el comunismo, sobre la mentira de la libertad que se propugnaba en un sistema que fue malentendido y peor aplicado, posiblemente porque nacía herido de muerte desde un comienzo.

El apéndice de este libro es una versión (reducida y algo más acotada) de su ensayo *La Democracia después del comunismo*. A grandes rasgos, su tesis se basa en que el comunismo trataba de engañar con su versión dicotómica de la Democracia (asignando el valor de real a la sostenida por sus premisas), restando libertad al individuo al articular un sistema (incluyendo el económico y productivo) que lo situaba en tesituras insostenibles para el humano de un mundo desarrollado.

Ángel Olmedo Jiménez